

CAPITULO VII

*Donde se verá que Mr. Winkle, en lugar de tirar el pichón y matar la corneja, tiró la corneja é hirió el pichón. — Cómo el Club de Dingley-Dill luchó con el de Muggleton, y cómo Muggleton comió á expensas del de Dingley-Dill, con otros acontecimientos igualmente instructivos é interesantes.*

Las fatigosas aventuras del día, ó tal vez la influencia soporífera de la historia contada por el sacerdote, obraron tan fuertemente sobre los nervios de Mr. Pickwick, que apenas hacía cinco minutos que estaba en cama, cuando se durmió profundamente. Al día siguiente fué despertado por los brillantes rayos del sol naciente que penetraban en la habitación.

Mr. Pickwick no era perezoso; como un valiente guerrero salió de su tienda... quiero decir, de su lecho.

— ¡Qué delicioso país! — exclamó con entusiasmo abriendo la ventana. — ¡Ah! cuando se ha sentido la influencia de semejante paisaje, ¿quién consentiría en vivir donde diariamente no se ven más que ladrillos y tejas? ¿Podiera continuarse existiendo en un país donde no se ve otro verde que el de las cuadras, ni otras flores que las que nacen en los techos? Nada que recuerde al dios Pan. ¿Quién sería capaz de permanecer toda la vida en las poblaciones? ¿Podría sufrir semejante existencia?

Después de haber interrogado de este modo la soledad, siguiendo el ejemplo de los más grandes poetas, Mr. Pickwick asomó la cabeza por la ventana y miró en torno suyo.

El dulce y penetrante olor de la hierba que acababan de segar llegaba hasta él. Los mil perfumes de las flores del jardín embalsamaban el aire; la verde pradera brillaba con el rocío de la mañana, y cada hierbecita se movía agitada por un dulce céfiro. En fin, los pájaros cantaban, como si cada una de las lágrimas de la aurora hubiera sido para ellos una fuente de inspiración. Contemplando este espectáculo, Mr. Pickwick cayó en una dulce y misteriosa meditación.

De repente sintió que le llamaban; su vista se dirigió á la derecha, pero no vió á nadie. Sus ojos se volvieron á la izquierda y miraron en vano. Midió con audaz mirada el firmamento, pero tampoco era allí donde le habían llamado: en fin, vió lo que un espíritu vulgar hubiera visto al primer golpe, miró al jardín y vió á Mr. Wardle.

— ¿Cómo va? — le preguntó su alegre huésped. —

Bella mañana. Me alegro de veros levantado tan temprano. Daos prisa á bajar, os espero aquí.

Diez minutos le bastaron para arreglarse, y bajó al lado de su amigo.

— ¿Qué hay? — preguntó Pickwick, viendo que mister Wardle estaba armado de un fusil y había además otro sobre la hierba, junto á él.

— Vuestro amigo y yo — respondió Mr. Wardle, — vamos á tirar unas cuantas cornejas antes de almorzar. El es muy buen tirador, ¿no es cierto?

— Yo le he oído decir á él que sí, pero nunca le he visto apuntar la menor cosa.

— Bien quisiera que se diera prisa — dijo mister Wardle, y llamó:

— ¡Joe! ¡Joe!

Poco tiempo después salió de la casa el regordete, que gracias á la influencia excitante de la mañana, no estaba enteramente dormido.

— Llamad al caballero — le dijo su amo. — y decidle que me encontrará en el bosque con Mr. Pickwick. En señadle el camino.

Joe se marchó para ejecutar esta comisión, y mister Wardle, llevando los dos fusiles, salió del jardín con Mr. Pickwick.

— Este es el sitio — dijo después de algunos minutos, deteniéndose en una calle de árboles.

Esto era una advertencia inútil, porque el granzido continuo de las pobres cornejas indicaba suficientemente su domicilio.

El viejo puso uno de los fusiles en tierra y cargó el otro.

— Aquí están los nuestros — dijo Mr. Pickwick.

Y en efecto, se distinguió á lo lejos á Mr. Tupman, Mr. Snodgrass y Mr. Winkle, porque Joe, no sabiendo á cuál de los tres había de llevar al bosque, juzgó con profunda sagacidad que lo mejor era convocarlos á los tres.

— Venid, venid — dijo Wardle á Mr. Winkle. — Un famoso tirador como vos debiera haber estado dispuesto más temprano, aun para tan poca cosa.

Mr. Winkle respondió con una sonrisa forzada, y recogió el fusil que le estaba destinado con la expresión de fisonomía que debía convenir á una corneja metafísica, atormentada por el presentimiento de una muerte cercana y violenta. Era tal vez indiferencia, pero parecía más bien abatimiento.

El viejo Wardle hizo un signo, y dos chicos empezaron á trépar por dos árboles.

— ¿Qué van á hacer esos chicos? — preguntó bruscamente Mr. Pickwick.

Su buen corazón se había alarmado, porque había oído hablar tanto de la miseria de los labradores, que llegó á creer que los niños aquellos, obligados por el hambre, se ofrecían como blanco á los cazadores para asegurar de este modo á sus padres una mezquina subsistencia.

—Es tan sólo para hacer levantar la caza — dijo mister Wardle.

—¿Para hacer qué?...

—Para espantar las cornejas.

—¡Ah! ¿nada más?

—Nada más. ¿Ya estáis tranquilo?

—Enteramente.

—Muy bien. ¿Empiezo? — añadió Mr. Wardle dirigiéndose á Mr. Winkle.

—Cuando gustéis — dijo éste, gozoso de encontrar un momento de prórroga.

—Retiraos un poco. ¡Ah! Llegó el momento.

Uno de los chicos gritó sacudiendo una rama, sobre la cual estaba un nido, y en seguida una docena de cornejas, interrumpidas en medio de una ruidosa conversación, se lanzaron fuera para preguntar de qué se trataba. Mr. Wardle hizo fuego por vía de réplica. Uno de los pájaros cayó y los demás volaron.

—¡Regordete Joe! — dijo el viejo.

El corpulento joven se adelantó, y sus facciones brillaron con una á modo de sonrisa. Confusas visiones de pastel de corneja flotaron ante su imaginación. Al recoger el pájaro se rió, porque la víctima era gorda y tierna.

—Ahora os toca á vos, Mr. Winkle — dijo el caballero volviendo á cargar el fusil. — Vamos, tirad.

Mr. Winkle se adelantó y se puso en actitud de tirar. Mr. Pickwick y sus compañeros retrocedieron involuntariamente para guarecerse de la lluvia de cornejas, que indudablemente habían de caer heridas por el plomo destructor de su amigo. Tomó una posición solemne: oyóse un grito, un ruido de alas, un ligero clic...

—¡Oh! ¡oh! — dijo Mr. Wardle.

—¿No sale? — preguntó Pickwick.

—He errado el tiro — respondió Mr. Winkle, que estaba muy pálido, probablemente de vergüenza.

—Es particular — dijo Mr. Wardle tomando el fusil; —nunca le ha pasado esto... ¡Cómo! no veo el resto del pistón.

—¡Es verdad! — repuso Mr. Winkle; — es que probablemente olvidé el pistón.

Reparóse esta omisión. Mr. Pickwick se parapetó de nuevo y Mr. Tupman se puso detrás de un árbol. Mister Winkle dió un paso hacia adelante con aire deter-

minado, sosteniendo el fusil con las dos manos. El chico gritó; cuatro aves volaron. Mr. Winkle levantó el arma; se oyó una explosión; después un grito de angustia, que no era el grito de una corneja. Mr. Tupman había salvado la vida á muchos inocentes pájaros, recibiendo en su brazo izquierdo una parte de la carga.

Sería imposible expresar la confusión que siguió á este lance; decir cómo Mr. Pickwick, en los primeros arrebatos de su emoción, llamó á Mr. Winkle «miserable», cómo Mr. Tupman estaba tendido sobre la hierba, cómo Mr. Winkle, lleno de horror, se había arrodillado junto á él, cómo Mr. Tupman, en su delirio, invocaba muchos nombre de pila femeninos, cómo abrió un ojo, después otro, y después, cayendo hacia atrás, cerró uno y otro. Semejante escena sería tan difícil de describir, como sería difícil pintar al desgraciado herido, volviendo gradualmente en sí, viendo cómo vendaban su herida con pañuelos, y dirigiéndose lentamente á la casa, apoyado en sus amigos inquietos.

Las damas estaban en el dintel de la puerta, esperando la vuelta de aquellos señores para almorzar. La tía soltera brillaba entre todas; sonrió y les hizo señas de que avivaran el paso. Evidentemente no sabía lo que había pasado. ¡Pobre criatura! Hay momentos en que la ignorancia es sin duda un bien.

Se aproximaban cada vez más.

—¿Qué le ha pasado al viejo verde? — dijo en voz baja miss Isabel Wardle.

La tía soltera no hizo alto en estas palabras. Creyó que se trataba de Mr. Pickwick; porque á sus ojos mister Tracy Tupman era un joven; ella veía sus años al través de un prisma de disminución.

—No os asustéis dijo Mr. Wardle á sus hijas.

Los amigos estaban de tal modo agrupados alrededor de Mr. Tupman, que no se podía distinguir claramente la naturaleza del suceso.

—No os asustéis — continuó Mr. Wardle, algunos pasos más cerca.

—¿Qué hay, pues? — exclamaron las damas horriblemente alarmadas por esta precaución.

—Ha sucedido un pequeño accidente á Mr. Tupman.

La tía Raquel lanzó un grito agudo, cerró los ojos y se dejó caer de espaldas en los brazos de las dos jóvenes.

—Echadle agua fría en la cara — exclamó su hermano.

—No, no — murmuró la tía. — Me encuentro mejor... ¡Emilia!... un cirujano... ¿está herido? ¿ha muerto?... ¡Ah! ¡ah!...

Y la vieja, lanzando gritos más agudos, cayó con el ataque de nervios número dos.

— Calmaos — dijo Mr. Tupman, afectado hasta derramar lágrimas por aquella expresión de afecto. — Querida señorita, calmaos.

— ¡Es su voz! — exclamó la vieja.

Y los violentos síntomas del ataque número tres se manifestaron en seguida.

— No os sofoquéis, querida señorita, os lo suplico — dijo Mr. Tupman con voz consoladora. — Mi herida es de poco gravedad.

— ¡No estáis muerto! — exclamó la nerviosa; — ¡Oh! decidme que no estáis muerto.

— No seas loca, Raquel — interrumpió mister Wardle, de una manera más brusca de lo que permitía el carácter poético de la escena. — ¿Qué diablos de necesidad hay de que él os diga que no está muerto?

— No, no lo estoy — respondió Tupman; — no necesito otros socorros que los vuestros; dejadme apoyar en vuestro brazo.

Apoyóse en el brazo de Raquel, y le dijo al oído:

— ¡Oh, miss Raquel!...

Entraron juntos en el salón. Mr. Tupman besó dulcemente la mano de la señora de sus pensamientos, y se dejó conducir á su canapé.

— ¿Os encontráis mal? — preguntó Raquel con agitación.

— No, no es nada. Dentro de un instante estaré mejor — respondió Mr. Tupman cerrando los ojos.

— ¡Duerme! — murmuró la vieja (hacia veinte segundos que había cerrado los ojos). — ¡Duerme, caro Mr. Tupman!

Mr. Tupman dió un salto y se puso de pie.

— ¡Oh, repetid esas palabras! — dijo.

La dama se estremeció.

— Seguramente, no las habéis oído — dijo con pudor.

— ¡Oh! sí, las he oído — respondió calurosamente mister Tupman; — repetid esas palabras, si queréis que yo me cure. Repetidas.

— Silencio — dijo la dama; — aquí está mi hermano.

Mr. Tupman tomó su primera posición y Mr. Wardle entró en la habitación acompañado de un cirujano.

El brazo fué examinado, vendaron la herida y declaróse que era muy ligera; y encontrándose sereno ya el espíritu de todos, procedieron á satisfacer su apetito. La alegría brilló de nuevo en todos los rostros. Sólo Mr. Pickwick permaneció silencioso y reservado; la duda y la desconfianza se pintaban sobre su fisonomía expresiva; porque su confianza en Mr. Winkle había sido alte-

rada, grandemente alterada por los acontecimientos de aquella mañana.

— ¿Jugáis á la barra? — preguntó Mr. Wardle al cazador.

En otro tiempo Mr. Winkle hubiera respondido afirmativamente; pero conoció la delicadeza de su posición y replicó modestamente:

— No, señor.

— ¿Y vos? — preguntó Mr. Snodgrass al viejo.

— En otro tiempo jugaba — replicó éste; — pero he renunciado ya á esta diversión. Sin embargo, soy socio de un club, aunque no juego.

— ¿No tiene lugar hoy la gran partida de barra entre los pueblos contendientes de Dingley-Dell y Muggleton?

— preguntó Mr. Mr. Pickwick.

— Sí — respondió su huésped. — Vendréis, ¿no es cierto?

— Sí — respondió Pickwick; — tengo mucho gusto en ver esos ejercicios, en los cuales se puede tomar parte sin peligro; en los cuales la poca habilidad de las personas no expone la vida de sus semejantes.

Al pronunciar estas palabras Mr. Pickwick hizo una pausa expresiva y miró fijamente á Mr. Winkle, que no pudo sostener sin estremecerse la penetrante mirada de su mentor. Este añadió:

— ¿No sería conveniente confiar á nuestro amigo los cuidados de estas señoras?

— No podéis dejarme en mejores manos — dijo mister Tupman.

— Sería imposible — dijo Snodgrass.

Se convino en que Mr. Tupman se quedaría en la casa al cuidado de las damas, y que la porción masculina de la sociedad, dirigida por Mr. Wardle, iría á presenciar aquel combate de habilidad, que había sacado á Muggleton de su marasmo é infundido á Dangley-Dell una excitación febril.

No había que andar sino media legua de distancia, y el sendero, cubierto de musgo, pasaba por sombrías arboledas. La conversación recayó al principio sobre los bellos paisajes que se iban ofreciendo á la vista, y mister Pickwick casi sintió haber andado tan deprisa, cuando se encontraron en la calle principal de Muggleton.

Todas las personas cuyo genio está dotado de la menor propensión geográfica, saben necesariamente que la ciudad de Muggleton tiene un Ayuntamiento, alcalde, ciudadanos y electores, y todo el que consulte los manifestos dirigidos por el alcalde al ciudadano, por los ciudadanos á la diputación, y por la diputación al Parlamento, sabrá lo que hubieron debido conocer antes, á saber: que Muggleton es una ciudad antigua y leal, que

reune á fervoroso celo por los principios del cristianismo, una sólida adhesión á los principios comerciales. En prueba de lo cual, el alcalde, la diputación y diversos habitantes han presentado varias veces sesenta y ocho peticiones para que se permita la venta de los beneficios eclesiásticos, ochenta y dos para que se prohíba la venta los domingos, mil cuatrocientas veintitrés contra la trata de negros en América, con un número igual encaminadas contra toda clase de intervención legislativa con motivo del trabajo exagerado de los niños en las manufacturas inglesas.

Cuando Mr. Pickwick se encontró en la calle principal de esta ilustre villa, contempló la escena que se ofreció á sus ojos con una curiosidad mezclada de interés.

El sitio del mercado tenía la forma de un cuadrado, en el centro del cual se había levantado un vasto mesón. Su enorme muestra ostentaba un objeto muy común en las artes, pero que rara vez se encuentra en la naturaleza, es decir, un león azul, que tenía tres patas en el aire y se balanceaba sobre la extremidad de la uña central de la cuarta.

Muy cerca se veía una oficina, seguros contra incendios y una comisaría, un almacén de trigo y otro de telas, tiendas de sillero, de destilador, de comestibles y de zapatería, la cual tienda de zapatería servía también para la propagación de sombreros, de gorras, de paraguas y conocimientos útiles.

Había además una pequeña habitación de ladrillos rojos, precedida de una especie de patio embaldosado, y que todo el mundo al primer golpe de vista reconocía ser la casa de un abogado. Había otra casa también de ladrillo, sobre cuya puerta se ostentaba una ancha placa de cobre, que anunciaba en caracteres muy legibles que aquella casa pertenecía á un cirujano. Algunas personas se dirigían al juego de barra, y dos ó tres tenderos, manteniéndose en pie sobre el baldosado de las puertas de sus casas, parecían muy deseosos de ir al mismo sitio, como hubieran podido hacerlo sin perder un gran número de parroquianos.

Mr. Pickwick se había detenido para hacer las observaciones que se proponía anotar en su cartera; pero como sus amigos se habían alejado de la calle principal, se apresuró á unirse á ellos y les encontró cerca ya del campo de batalla.

Las barras que los jugadores debían conquistar ó defender estaban ya colocadas, lo mismo que un par de tiendas para servir de reposo y refresco á los partidos beligerantes. Pero el juego no había comenzado aun. Dos ó tres individuos de Dingley-Dey y de Muggleton se divertían en tirar su bola de una mano á otra. Te-

nían sombreros de paja, chaquetas de franela y pantalones blancos, lo cual les daba el aspecto de picapedreros. Algunos caballeros, vestidos de la misma manera, estaban esparcidos por las tiendas, hacia una de las cuales condujo Mr. Wardle á sus amigos.

Muchas docenas de ¿cómo estáis? saludaron la llegada del caballero, y hubo un levantamiento general de sombreros de paja con una inclinación contagiosa de chalecos de franela, cuando presentó á sus huéspedes como caballeros de Londres que deseaban vivamente asistir á las agradables diversiones de aquel día.

—Creo que haréis bien, caballero, en entrar en la tienda — dijo un voluminoso individuo, cuyo cuerpo parecía ser la mitad de una gigantesca pieza de franela, colocada sobre un par de travesaños.

—Sí, haríais muy bien, caballero — añadió otro tan voluminoso como el precedente y que parecía ser la otra mitad de la pieza de franela.

—Sois muy amable — respondió Pickwick.

—Por aquí — respondió el primer caballero; — este es el mejor sitio.

Y los guió silbando como un caballo resoplón.

—¡Juego soberbio! ¡Noble ocupación! ¡Bello ejercicio! ¡Divino!

Tales fueron las palabras que hirieron los oídos de Mr. Pickwick al entrar en la tienda, y el primer objeto que se ofreció á sus miradas fué su amigo, el desconocido del coche de Rochester. Estaba en actitud de perorar con gran satisfacción de un círculo selecto de los jugadores de la villa de Muggleton. Su traje había mejorado ligeramente. Tenía botas nuevas; pero á pesar de esto era imposible desconocerlo.

El desconocido reconoció inmediatamente á sus amigos. Con su ordinaria impetuosidad y hablando continuamente, se precipitó hacia Mr. Pickwick, le estrechó la mano y le llevó á su asiento, como si todos los arreolos del juego hubieran estado bajo su dirección.

—Por aquí, por aquí. Será divertido. Sentarse, sentarse.

Mr. Pickwick se sentó como mandaban, y Mr. Winkle y Mr. Snodgrass siguieron igualmente las indicaciones de su misterioso amigo. Mr. Wardle lo examinaba con admiración silenciosa.

—Os presento á Mr. Wardle, uno de mis amigos — dijo Mr. Pickwick al desconocido.

—¿Un amigo vuestro? — exclamó éste. — ¿Cómo estáis, caballero? Los amigos de los amigos son amigos. Dadme la mano.

Al decir estas palabras, el desconocido estrechó la mano del viejo con tanta efusión de una antigua amis-

tad; después retrocedió dos ó tres pasos, como para ver mejor su cara, y al fin le sacudió otra vez la mano con más efusión que antes.

—¿Y cómo habéis venido aquí? — dijo Mr. Pickwick con una sonrisa en que la bondad luchaba con la sorpresa.

—¿Venido?... Vivo en la fonda de la Corona en Muggleton... He encontrado sociedad... chaquetas de franela... sombreros de paja... buena gente.

Mr. Pickwick conocía bien el sistema stenográfico del desconocido, para deducir de esta comunicación rápida y descoyuntada que de una manera ó de otra había trabado relaciones con los jugadores de Muggleton, y que por un procedimiento que le era peculiar, había conseguido ser invitado. Satisfecha de esta manera su curiosidad, Mr. Pickwick se caló los anteojos y se apresuró á contemplar el juego, que había dado principio ya.

Los dos jugadores más famosos del Club de Muggleton, que eran Mr. Dumbkins y Mr. Podder, se dirigieron bola en mano á sus puestos respectivos; Mr. Luffey, el más noble ornamento de Dingley-Dell, fué elegido para jugar en contra del temible Dumbkins, y Mr. Struggles fué elegido para contendiente del invencible Podder.

Muchos jugadores se colocaron en diferentes sitios para recoger las bolas, y cada cual se puso en la actitud conveniente, apoyando una mano en la rodilla y encorvándose. Todos los jugadores clásicos se colocan así, y se cree generalmente que sería difícil ver venir la bola en otra actitud.

Los jueces se colocaron detrás de los parapetos, y los contadores se prepararon á anotar los puntos. Reinó entonces un profundo silencio. Mr. Luffey se retiró algunos pasos atrás, y durante algunos minutos aplicó su bola al ojo derecho; Dumbkins, que observaba todos los movimientos de Luffey, esperaba la llegada de la bola con noble confianza.

—Atención — exclamó el jugador, y al mismo tiempo la bola se escapó de su mano rápida como un relámpago, dirigiéndose al centro del redondel.

El prudente Dumbkins estaba en guardia; recibió la bola con uno de los extremos de la barra y la hizo volar á una gran distancia.

—Corred, corred... otra bola... ahora... vamos... tiradla... vamos... deteneos... otra... no... sí... no... tirad...

Tales fueron las aclamaciones que siguieron á la primera jugada, por la cual Muggleton había ganado dos puntos.

Sin embargo, Podder no se descuidaba en coronarse con los laureles, cuyo brillo iluminaba ya á Muggleton. El tiraba á las bolas dudosas, dejaba pasar las malas,

tomaba las buenas y las hacía volar á todos los extremos del llano. Dumbkins y Podder seguían invencibles. En vano les lanzaban continuamente la bola; ellos llegaban antes que ella y lo rechazaban lejos. Un caballero de cierta edad se esforzaba en detener el movimiento; la bola rodaba entre sus piernas ó se deslizaba entre sus dedos; un caballero delgado trabajaba para atraparla; la bola chocaba con su nariz y rebótaba con nueva fuerza, mientras los ojos del inhábil jugador se llenaban de lágrimas y su cuerpo se retorció con angustia. Al fin, cuando se hizo la cuenta de Dumbkins y Podder, Muggleton había ganado cincuenta y cuatro puntos, mientras que la cuenta de Dingley-Dell estaba tan clara como las caras de sus jugadores. La ventaja de Muggleton era muy notable para que fuera preciso contar otra vez. En vano el impetuoso Luffey, en vano el entusiasta Struggles hicieron todo lo que la experiencia y el saber pueden sugerir para ganar el terreno perdido por Dingley-Dell: todo fué inútil, y bien pronto Dingley-Dell se vió obligado á reconocer la victoria de Muggleton.

El desconocido del traje verde no había hecho más que beber, comer y hablar á la vez sin interrupción. A cada jugada bien hecha espresaba su aprobación de una manera condescendiente y que no podía menos de halagar á los jugadores á quienes se dirigía. Pero siempre que un jugador no podía detener la bola ó cogerla, fulminaba estas exclamaciones:

—¡Ah! estúpido... torpe... imbécil.

Con estas exclamaciones se hacía pasar por un excelente juez, infalible en los misterios del excelente juego de la barra.

—¡Famosa partida! bien jugada; ¡algunos golpes admirables! — dijo el desconocido al fin del juego, en el momento en que los dos partidos se reunían en sus respectivas tiendas.

—¿Vos jugáis, caballero? — le preguntó mister Wardler, á quien había chocado su locuacidad.

—¿Jugar? ¡pardiez! ¡mil veces! aquí no; en las Indias Occidentales. Juego sofocante, trabajo caluroso, muy caluroso.

—Ese juego debe ser efectivamente sofocante en aquellos países, — dijo Mr. Pickwick.

—¿Sofocante? decid ardiente, devorador. Un día jugaba yo con mi amigo el coronel Tomás Blazo... yo gané... seis indígenas para recoger las bolas. Principio otra vez... envío todas las bolas al coronel... calor intenso. Los indígenas se encontraban mal. Se los llevaron... los reemplazan otra media docena... también se sienten mal. Yo infatigable, lanzo de nuevo las bolas. Blazo se sentía mal también... Coronel rendido... yo no quería ceder.

Quanko Sambo quedaba solo. El sol era rojo, ardían las barras como carbones encendidos... Quinientos setenta puntos. Ya no podía más. Quanko recobró un poco de fuerza... Yo tomo un baño y me voy á comer.

—¿Y qué fué de ese caballero? — preguntó uno.

—¿Quién? ¿el coronel Blazo?

—No, el otro.

—¿Quanko Sambo?

—Sí señor.

—¡Pobre Quanko! No se repuso más... dejó el juego... dejó la vida, murió, caballero.

Al pronunciar estas palabras, el desconocido sumergía su rostro en un vaso de cerveza. ¿Pero era para saborear el contenido ó para ocultar su emoción? Nunca hemos podido aclarar esto. Sabemos tan sólo que se detuvo de repente, que lanzó un profundo suspiro y que miró con ansiedad á dos de los principales miembros del Club de Dingley-Dell, que se acercaron á Mr. Pickwick y le decían:

—Vamos á comer modestamente al León azul. Esperamos, caballero, que toméis parte en nuestra comida con vuestros compañeros.

—Y naturalmente, — dijo Mr. Wardle, — entre nuestros amigos contamos al señor... — y señaló al desconocido.

—Jingle, — respondió aquel universal personaje. — Alfredo Jingle de Sansterre.

—Acepto con mucho gusto, — dijo Mr. Pickwick.

—Y yo también, — exclamó Alfredo Jingle, tomando por un lado el brazo de Mr. Wardle y por otro el de Mr. Pickwick, y murmurando al oído de este:

—¡Famosa comida! fría, pero buena. He atisbado en la fonda esta mañana aves asadas, pasteles... Buena gente y muy corteses... muy corteses.

Como no había más preliminares que arreglar, la sociedad atravesó el pueblo en pequeños grupos, y un cuarto de hora después estaban sentados todos en la gran sala del León azul de Muggleton.

Mr. Dumbkins desempeñó las funciones de presidente, y Mr. Luffey las de vicepresidente.

Hubo un gran ruido de platos y de palabras, de tenedores y cuchillos. Tres mozos corrían de un lado á otro, y las viandas substanciosas desaparecían súbitamente. El locuaz Jingle contribuía como una docena de hombres ordinarios á aumentar aquellas causas de confusión. Cuando todos los convidados comieron, se levantaron los manteles, colocáronse sobre la mesa los licores y los postres, y los mozos se retiraron para apropiarse los restos aprovechables, en los cuales no habían podido hincar el diente.

Bien pronto no se oyó en la sala más que un murmullo de conversaciones y carcajadas. Se encontraba allí un hombrecillo regordete, que parecía el espíritu de la contradicción viviente: hasta entonces había permanecido muy tranquilo. Sólo, cuando por casualidad se animaba la conversación, miraba en torno suyo; como si tuviera que decir alguna cosa notable; hacía oír de tiempo en tiempo una tos seca de extraordinaria dignidad. Al fin, durante un momento de silencio comparativo, el hombrecillo exclamó con voz altiva y solemne:

—¡Mr. Luffey!

Todo el mundo calló, y el individuo interpelado respondió en medio de un profundo silencio:

—¿Caballero?

—Deseo dirigiros algunas palabras, caballero, si queréis invitar á estos señores á llenar sus vasos.

Mr. Jingle exclamó en tono de protección:

—Escuchad, escuchad.

Y estas palabras fueron repetidas en coro por toda la reunión. El presidente tomó un aire de gravedad prudente, y dijo:

—Mr. Staple tiene la palabra.

—Señores, — dijo el hombrecillo levantándose. — El señor presidente es en gran parte el sugeto de lo que voy á decir, y yo puedo...

—Demostrar, — añadió Mr. Jingle.

—Sí, demostrar, — continuó el orador; — yo doy gracias á mi honorable amigo, si me permite llamarle así, por la indicación (cuatro escuchad y un ciertamente de Mr. Jingle). Yo soy de Dingley-Dell (aplausos), yo no puedo reclamar el honor de añadir una cifra á la población de Muggleton. Y lo confesaré francamente, señores, no deseo semejante honor. Os diré por qué, señores. Concedo á Muggleton todas las distinciones, todos los honores que quiera reclamar: son muy numerosos y muy conocidos para que yo los repita. Pero, señores, mientras recordamos que Muggleton ha dado el ser á un Dumbkins, á un Podder, no olvidemos que Dingley-Dell puede vanagloriarse de haber producido un Luffey y un Struggles (aplausos tumultuosos). No se crea que deseo obscurecer la gloria de los caballeros que he nombrado en primer lugar; les envidio la satisfacción que deben tener en tan solemne día (aplausos). Todos conocéis, señores, la respuesta que dió á Alejandro el Grande un individuo que vivía en un tonel. «Si yo no fuera Diógenes, quisiera ser Alejandro.» Yo me figuro que esos señores debieran decir: si yo no fuera Dumbkins, quisiera ser Luffey; si yo no fuera Podder, quisiera ser Struggles (entusiasmo). Pero señores de Muggleton, ¡solemnemente en la barra son notables vuestros compatrio-

tas? ¿no habéis oído citar á Dumbkins como un modelo de perseverancia? ¿no habéis aprendido á asociar el nombre de Podder con la sobriedad? (grandes aplausos). Luchando por vuestros derechos, por vuestra libertad, por vuestros privilegios, ¿no os habéis visto reducidos, aunque no fuese sino por un instante, á la duda y á la desesperación? Y cuando de este modo habéis perdido el ánimo, ¿no os ha dado aliento el nombre de Dumbkins? ¿Una sola palabra de ese hombre colosal no ha hecho brillar vuestra esperanza con más esplendor que si nunca se hubiera extinguido? (grandes aplausos). Señores, os replico que rodeéis de una aureola de aplausos frenéticos los nombres de Dumbkins y de Podder.

Aquí calló el hombrecillo, y empezó una algarabía de gritos, de golpes dados en la mesa, que duró con cortas interrupciones, el resto de la noche. Se brindó más. Mister Luffey, Mr. Struggles, Mr. Pickwick y Mr. Jingle, fueron sucesivamente objeto de grandes elogios, y cada uno á su vez expresó su gratitud por tanto honor.

Por esto volvemos á Mr. Tupman, contentándonos con añadir, que pocos minutos antes de media noche los notabilidades reunidas de Dingley-Dell y de Muggleton fueron oídas cantando con entusiasmo un himno báquico.

Entusiastas por la noble empresa, en la cual hemos empleado nuestras fuerzas, tendríamos un grande orgullo, creeríamos cierta la inmortalidad que hasta ahora no hemos conseguido, si pudiéramos presentar á nuestros lectores las actas más ligeras de estos discursos. Como de costumbre, Mr. Snodgrass tomó una gran cantidad de apuntes, y sin duda en ellos encontraríamos noticias importantes, si la elocuencia vehemente de los oradores y la influencia febril del vino no hubiese hecho temblar la mano del caballero, hasta el punto de hacer su escritura casi ininteligible y su estilo completamente obscuro. A fuerza de paciencia hemos podido leer algunos caracteres que tienen una débil semejanza con los nombres de los oradores. Hemos podido distinguir el esqueleto de una canción (probablemente cantada por mister Jingle), en la cual las palabras *vino, divino*, son repetidas en cortos intervalos. Hemos podido descifrar también al fin de aquellas notas, unas alusiones á los desperdicios de gigote y pollo asado. Después distinguimos las palabras ponche frío y cerveza; pero como las hipótesis que podríamos establecer sobre estos indicios no tendrían otro fundamento que nuestras conjeturas, no queremos expresar ninguna de las suposiciones que se presentan á nuestro espíritu.

CAPITULO VIII

Donde se demuestra claramente que el camino del verdadero amor no está recto como un camino de hierro.

La tranquila soledad de Dingley-Dell; la presencia de tantas personas del bello sexo; la soledad, la ansiedad que todas manifestaban por Mr. Tupman, eran otras tantas circunstancias favorables á la germinación y crecimiento de los dulces sentimientos que la Naturaleza había puesto en su seno, y que ahora parecían concentrarse sobre un amable objeto. Las jóvenes eran lindas, sus maneras simpáticas, su carácter muy amable; pero á su edad no podían aspirar á aquella dignidad en el andar, á aquel *noli me tangere*, á aquella majestad en la mirada que, á los ojos de Mr. Tupman, distinguían á la tía soltera de todas las mujeres que hasta entonces había visto. Era evidente que sus almas eran hermanas, que había un no sé qué simpático en su naturaleza, una misteriosa similitud en sus sentimientos. Su nombre fué el primero que salió de los labios de Mr. Tupman cuando estaba extendido por tierra después de la herida: el grito desgarrador de miss Wardle fué el primero que hirió los oídos de mister Tupman cuando fué llevado á su casa. ¿Pero esta agitación era causada por una sensibilidad amable y femenina que se manifestaría igualmente por otro? ¿Era debida, tal vez, á un sentimiento más apasionado, más ardiente que él solo entre todos los mortales debía encender en su corazón? Tales eran las dudas que atormentaban el espíritu de Mr. Tupman mientras yacía extendido sobre el sofá. Tales eran las dudas que determinó resolver en el acto y para siempre.

El sol terminaba su carrera; Mr. Pickwick, mister Winkle y Mr. Snodgrass habían ido con el dueño de la casa á la fiesta de Muggleton; Isabel y Emilia se paseaban con Mr. Trundle; la abuela sorda se había dormido en su sillón; el ronquido del gordo mofetudo llegaba lento y monótono á la cocina lejana, y las criadas estaban en la puerta gozando de los encantos de la tarde, del placer de coquetear de una manera muy primitiva. La interesante pareja estaba sentada en el salón, olvidándose de todo el mundo, no cuidándose de nadie, soñando en sí mismos. Parecían, en una palabra, un par de guantes de gamuza, replegados el uno en el otro, y cuidadosamente apretados.